

DEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO

DIRECTORES: Pablo de Grella—José María Delgado

Mayo de 1922.

N.º 47 — Año VII.

EL REY DE JERUSALÉN

Cuando, en Jerusalén, las puertas del gran palacio se abren, para dar paso al rey, que, con su séquito, va a la fiesta de los Tabernáculos, no parece sino que una nube del poniente se ha desgarrado, y derrama en la ciudad santa sus internos arreboles.

Arde la luz en los palacios laminados de cobre bruñido; cuelgan de los balaústres las lamas doradas, los largos cendales de púrpura, las telas egipcias y orientales de colores vivos; las terrazas cuadradas y los rebordes de las pequeñas cúpulas blancas, que se alzan sobre su base cúbica, están cuajados de gentes que agitan ramos de almendro en flor; los hombres y los niños se aferran, como nudos, al tronco de las palmeras y de los plátanos; llenan otros las ramas tortuosas de los sicomoros, y sus hosannas y los clamores de la multitud se mezclan a las notas de la charanga real, que se acerca lentamente. El séquito viene envuelto en una nube perfumada; chispean, entre el humo, las tiaras de los sacerdotes, los rubíes y las esmeraldas pectorales, los brocados de las vestiduras sagradas, las luces de los turibulos oscilantes, los instrumentos musicales en forma de serpientes aladas o de monstruos fantásticos, los metales de las picas y de los arcos, las corazas escamadas de metal brillante, las roletas de oro, los cascos alados de pedrería; ondean, movidas

por el viento del desierto, las fámulas y gallardetes de los heraldos, que, por centenares, hacen sonar sus largas trompetas de plata; cuando éstas callan, lo hacen para dar espacio en el aire a las notas metálicas que saltan de los laúdes y las liras, o al restallar de los címbalos que se chocan, sostenidos en alto por centenares de brazos desnudos, cubiertos de ajorcas de oro.

Y sobre la nube que se acerca, aparece por fin, un momento, y desaparece oculta por los perfumes, para entreverse de nuevo como un vago reflejo, la hierática figura del rey, sentado, como un mito, en su trono portátil de marfil; se ve acercarse su manto de lino de singular blancura, su mitra real de corte asirio, su cara color de cera virgen, sus grandes ojos llenos de luz negra, su nariz recta, su barba rizada, que se recorta sobre el manto blanco. Y de éste emerge, cual si no estuviera unida a un cuerpo, la morena cabeza pensativa del hijo de David, que pasea por el aire una mirada lívida y febricitante como una llama.

De los pebeteros de oro que rodean el trono, salen largas cintas nacaradas de humo perfumado, que ondean y se envuelven en el aire y se desflecan en él; triples teorías de doncellas vestidas de la listada túnica egipcia danzan en torno del trono, sembrando en el viento las notas de las arpas y de los sistros argentinos de doradas cuerdas de metal; rueda el sonido sobre los parches de los timbales, acompañados del acordado restallar de los címbalos que se chocan; y, sobre aquel acorde que brota de la nube que envuelve al rey, hierve en el aire el son de los sones, el sonoro aliento humano saturado de alma y de pasión, la aclamación del pueblo, que casi se hace tangible en el aire, como las ondas sobre un mar cercano que no se ve.

Los viejos hebreos, arrodillados en el polvo blanquico de la calle, orlada de plátanos, alzan con es-

fuerzo los brazos trémulos, o los dejan caer en tierra, ocultando entre ellos las cabezas de largas barbas; las mujeres levantan a sus hijos casi desnudos en sus brazos morenos cubiertos de brazaletes de oro; una lluvia de flores, de polvo de plata y de perfumes sutiles descende, como una nieve de colores, de lo alto de las terrazas, de las copas de las palmeras.

Pasa, por fin, la nube esplendente; el pueblo la sigue con la actitud y con los ojos; la ve subir lentamente la triple serie de gradas del templo, y cae de bruces en el polvo, cuando ve la blanca forma del rey cruzar sola el umbral sagrado, y hundirse en las oscuras profundidades en que llamean, ante el Santo de los Santos, las luces misteriosas del candelabro de los siete brazos de oro.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

HERMANDAD

I

Yo busco há mucho tiempo
la suprema hermandad;
no es vano pasatiempo,
es caridad.

Y es que hoy, sin ver, ya veo
y creo más que ayer;
y en lo que hoy aún no creo
mañana he de creer.

Creo en la fe cristiana,
aunque no sé por qué,
y tengo fe en mi hermana
porque ella tiene fe.

Creo que Amor es bueno
aunque nos cause mal,
que es, cual todo veneno,
medicinal.

Y, aun sufriendo en amores,
se gusta el Buen Amor...
¡Ah! ¡no todas son flores,
pero existe la flor!

Y hoy que sembrar criollo,
hermano Urutaú;

yo seré siempre niño
como niño eres tú.

No nos arredren cebos
de mentira y placer;
levantémonos nuevos
en la carne de ayer.

Y aunque oigas la corneja
y chirrie el ataúd,
que nuestra carne vieja
dé nueva juventud.

Y haz que Juvencio encarne
como en mí, tu tesón,
en espíritu, y carne,
y corazón.

II

Yo, ¡aun hoy!—de la Quimera
si en alto oigo la voz,
subiré mi escalera,
ágil, de dos en dos.

Y, si en fiestas paganas
recupero mi rol,
me tocaré mis canas
de Sol.

Mas siempre hay que ser buen
hermano; en mar de azur
purguemos los venenos
y ¡aburi!

Que cuando el Mundo crea
que nos tragó la mar,
puede que Dios nos vea
flotar...

Hay que tener confianza,
resignación y fe,
y, siempre, una esperanza:
—¿Aun no soy? Pues seré...

Cuando yo esté en la Nada,
sin preguntarme "¿Soy?"
le gritaré a la Amada:
—¿Aquí estoy!

Y me dirá la Amada:
—¿Dónde estás? ¿Dónde estás?
Y, le diré:—En la Nada,
un día me verás.

Creo que soy y que eres,
y, por eso, Mujer,
compendio de mujeres,
un día te he de ver.

Ciegos somos,—es triste
pero nos venda un tul;
sólo un color existe:
el AZUL!

Y no busquemos brumas
tras de la Santa Cruz:
¡Azul!... ¡Azul!... y espumas,
y luz!

III

La Vida da placeres...
Te lo puedo hacer ver,
hermano, tú que eres
casi mi hijo de ayer.

Y el buen placer nos hace
más tiernos y mejor,
que en todo fondo nace
la caridad de amor.

Yo soy un buen cristiano,
todo impuro que soy,
y tendré siempre a mano
en la ruta do voy,

cuando en la tierra blanda
me acibare el esplín,
un pedazo de vianda
y una copa de "gin".

Y, aun tendré más! Armiño
para mi ocroso albur,
y mi oración de niño,
y un gran lampo de azur!

Pero tú, hermano mío,
no me guardes rencor;
ten piedad de mi frío
interior.

Y he de morirte calmo
si lloramos los dos,
y he de elevar mi calmo
a Dios.

IV

Cuando en tierra de olvido
di en penar y en rabiarse,
¡ah! ¡si hubiese sabido
rezar!

¡Ah! si encontrado hubiera
entonces el nuevo Yo;
tras de la hiedra artera
rosa de Jericó.

¡Ah! si el soplo sereno
que sopla hoy mi convoy,
me hubiese hecho ayer bueno
como hoy.

¡Ah! trocar en la valla
que me ocultaba el mar
aquel "cantar canalla"
por el dulce Cantar.

Sentir en vez de ezigua
tibia brisa de Abril,
el frío de la antigua
Cruz de marfil...

Y en vez de noches rosas
de rosas de pasión,
las voces armoniosas
del perdón!

Por eso, hoy que conozco
todo este nuevo bien,
quiero ser menos hosco,
y más feliz, también.

Que el Yo de las Cavernas
olvide el viejo mal,

y que brinquen mis piernas
mi Tección de moral.

Y, así, de brinco en brinco,
correr, correr, correr.
para poner mis cinco
sentidos en querer.

Que lleve por el Mundo
la voz de la Hermandad
y deis perdón fecundo,
mi angustia.

Y llegue más albedrío
que matará al esplín,
al tu agurrio más frío,
y al más tibio jardín.

Y hacia ocenos de amores,
y auxeroras de rencor,
y a todos los dolores,
y, así, al Dolor!

Y, así busco y me ofusco
(fuerte en mi terquedad),
hace tiempo que busco
la suprema hermandad.

ENVÍO:

HERMANOS: no es locura,
ni vejez, ni dolor...
Es mi sed de ternura
y amor.

No es que soplo extrahumano
haya soplado en mí...
¡Oh! ¡oh! impuro cristiano
soy siempre y siempre fui.

Y hoy, en el "miserere"
de mi verdor final,
no es que la Muerte espere
en mi umbral:

—
ni hoy delirios que roben
mi entendimiento; sé,
siento; y me siento joven
para una nueva fe.

—
Y, así, en mi fiebre loco,
busco a la hermana hostil
para verter un poco
de linfa en su pensil.

Y, en pos de mi embeleso,
le daré por mal, bien.
Y que mi último beso
sea el último en su sien.

—
Sí, busquemos, hermanos,
la luz del Buen Amor,
que, muriendo cristianos,
viviremos mejor.

—
Y, supremo consuelo,
nos reuniremos los
hermanas, en el cielo,
en el nombre de Dios.

—
PABLO MINELLI GONZÁLEZ.

LA MELANCOLIA DEL OTOÑO

Heredera de nombres ilustres en la ciencia, las letras y el patriciado de la República, Susana Soca concreta, en una bella síntesis, todos los nobles atributos originarios. Casi niña todavía, admira verdaderamente por su visión de las cosas, su elocuencia y justeza expresiva y su innato don de buen gusto, como lo revela esta breve nota que hemos desglosado de su cuaderno de composiciones, hecha sin más trascendencia que la de cumplir con deberes escolares.

El otoño ha invadido nuestro país y junto con él esa suprema melancolía, su misteriosa e inseparable compañera.

Honda y leve, sutil e intensa, en todas partes se la encuentra; ora se muestra grave y triste, ora borrascosa, ora dulce y serena, con algún dejo de primavera, algo así como una sonrisa velada en medio del dolor. Otras veces la melancolía del otoño casi se esfuma bajo un brillante sol; pero aún mismo en esa cálida reminiscencia, permanece algo de ella, algo muy suave, muy tenue, pero perceptible al corazón entristecido, que busca en la naturaleza una aliada a su pena.

La melancolía del otoño se halla siempre en la copa de los árboles, en sus despojadas ramas, en la crujiente guirnalda de hojas muertas que orlan la acera.

¡Pobres hojas cenicientas, en otro tiempo radiosas de frescura y lozanía, que un soplo marchitó!

Son una imagen de la vida.

Ayer era la alegría y el reposo, ayer sonreíamos al porvenir en la infinita serenidad de nuestros ensueños. Después, un segundo bastó para anonadar esa eflorescencia de esperanza y de estabilidad. Y nuestra alma quedó sola, sin sus ilusiones, huída la dicha, desvanecido su ideal; sola y dolorosa, así como los troncos grises ante sus hojas barridas por un viento otoñal.

¡Qué poema de símbolos son estas mismas hojas mustias que gimen bajo los pasos! ¡Ellas solas, en su oro mortecino, retratan la melancolía del otoño!

SUSANA SOCA.

RIMAS

COMO TU AMAR...

*Eres hermosa y ese es tu orgullo,
Sólo en ser bella cifras tu afán,
Amor que inspires durará entonces
Lo que tu encanto pueda durar.*

*Y cuando veas en tus jardines
Todas tus rosas marchitas ya;
Será tu invierno frío, muy frío,
Como tu vida, como tu amar.*

EN LA SOMBRA

*Era noche, y callado me llegué a tu reja
y dejé sobre el muro, con un beso una flor,
y de allí me alejé presuroso
porque no denunciara el delito,
el latido violento de mi corazón.*

MADRIGAL

*Toda la luz del sol sobre un diamante,
todo el rumor del mar bajo una roca;
los cantos todos de las aves libres
saludando la aurora.
Este es bello, mi bien, pero más vale
el beso que aleteando está en tu boca.*

TUS OJOS

*Hay quien pupilas compara
Con diamantes y luceros,
Piedras y astros ¡cuánto distan!
Cuánto de tus ojos bellos.*

*Los que las sombras ahuyentan,
Los que olvidar hacen duelos,
Porque Dios en ellos puso
Lo divino y lo terreno.*

FERNANDO NEBEL ALVAREZ.

LA TENTACION

Alicia volvió a despertar. Eran las dos de la mañana. Aturdida, luchando contra el sueño, se incorporó sobre un codo, encendió la luz y empezó a mirar en redor, alarmada ante la multitud de mosquitos que se agrupaba hacia la cabecera, sobre la superficie blanca de la pared. Eran pintas oscuras, gotas oblongas, ensanchadas en la parte inferior como lágrimas de orfebrería.

La muchacha se hincó en la cama y su cuerpo, semidesnudo, rosáceo, se destacó de entre la orla quebrada de la ropa blanca. Mantenía su cabellera sujeta en una trenza pesada que le caía, huyendo por el surco leve de la espalda.

Era la cuarta vez que se despertaba en aquella noche. Estaba exasperada. En los brazos, en la cara, en el cuello, las ronchas le ardían produciéndole una desazón mortificante. Los mosquitos habían invadido inesperadamente: era la primera tanda del año.

Conteniendo su premura, Alicia sacó de su mesa de noche una caja de fósforos y repitió la operación de la matanza, satisfecha cada vez que el insecto explotaba, achicharrado por la llama de la cerilla. Después, aleccionada, se detuvo. Suponía que, en cuanto apagase la luz, los mosquitos que alcanzaba a ver, prendidos en la parte superior del muro, bajarían hasta ella; que de nuevo se vería en la necesidad de levantarse y de volver a empezar. Entonces, recor-

dando su mosquitero del año anterior; fué hacia su guardarropa, y después de buscar un momento, lo halló, cuidadosamente doblado, debajo de unas mantas.

Tranquila, segura de poder dormir, Alicia apagó la luz. Poco a poco la fué invadiendo la penumbra del sueño. Imágenes breves y confusas ambulaban por su mente. Recordó a la cajera de una tienda que había visitado en el día; tuvo la impresión de un puente muy largo que cruzaba un río, apacible como un espejo; oyó de nuevo las palabras dichas por su novio al despedirse. La inconsciencia la mecía con la suavidad de una pluma.

Pero estando así, casi dormida, los mosquitos volvieron a pasar junto a ella, zumbadores, rayando el silencio. Se acongojó. El sueño se le iba de nuevo. Moviése en la cama, inquieta, y agitó los extremos de la sábana para espantar al insecto. Luego pensó que acaso el mosquitero estuviese mal colocado o presentase alguna rotura importante. Le costó algún trabajo decidirse, pero al fin encendió la luz y se puso a observar, sorprendida. El tul no tenía una falla apreciable y caía bien, sin grandes pliegues, cerrando los costados del lecho. Además, a pesar de su empeño, sólo halló un mosquito, parado sobre una perilla de la cabecera. Intentó darle caza, sin lograrlo. Varias veces creyó matarlo, y varias veces le vió salir de entre sus manos, esquivando los golpes, como si calculara. Después le perdió de vista.

El cuarto volvió a quedar a oscuras. Alicia se arrebujó bajo las ligeras colchas, con el firme propósito de dormir. Hubo una tregua breve y falaz. En seguida el mosquito llegó de la sombra y empezó a acechar en redor de la cara de Alicia. Esta lo sintió venir. Dispuso las dos manos abiertas, una frente a la otra, y cuando lo juzgó oportuno, cerrólas con fuer-

za. Pero el mosquito continuó su vuelo y tornó a perderse.

Se entabló entonces una lucha intensa entre el mosquito, ávido de sangre, y la muchacha, aturdida, nerviosa, febril, exasperada. A veces ocultaba su cabeza bajo las sábanas, pero el calor de aquella brava noche de diciembre la obligaba a descubrirse.

Empezaron a sucederse algunos instantes de incertidumbre, pausas hondas de espera, donde la atención oscilaba con movimientos bruscos y quebrados. Y cuando el insecto se acercaba con aquel su zumbido como canto de guerra, ella se recogía temerosa: —“Ahí viene, ahí viene. ¡Ahí está!”

Nunca había sentido un deseo tan vehemente de dormir. ¡Si pudiera matar al mosquito! ¡Si él se fuese!... Pensó en levantarse de nuevo, encender la luz, pero el cuerpo no obedeció. Entonces tuvo una ocurrencia extraña.

—¡Si me dejara picar!... Se sobrecogió, tuvo miedo, una onda de calor le abrasó el rostro. ¡Qué había pensado? Cambió bruscamente de postura y cerró los ojos. Quiso recapacitar, saber lo que le ocurría. Su idea era bien sencilla. Aquel mosquito constituía el único obstáculo para su sueño. Dejarlo posar un instante sobre su piel; permitirle que bebiera algo de su sangre o matarle en ese momento si era posible, nada más.

Se tranquilizó. El mosquito zumbaba iracundo, acechando con una tenacidad humana. Ahora, por ejemplo, si ella se quedase quieta, así... — pero no pudo.

Su idea, no obstante ser tan sencilla, le produjo inquietud, una absurda inquietud. Espantó al insecto; nerviosamente, en un esfuerzo desproporcionado.

Se sentó en el lecho. Uno de sus brazos se levantó, buscando la llave eléctrica. Tropezó con el tal. Enton-

ces, aquel brazo, animado aún por un resto de voluntad, tentó salir. Vaciló en la dirección, como confundido y se fué inmovilizando. Alicia, dormida, cayó hacia atrás.

Se recordó bruscamente, azorada, sin memoria. Creyó despertar de un sueño malo. Abrió mucho los ojos, tratando de ver, en aquella obscuridad en reposo. Después sintió que el mosquito cruzaba sobre su cabeza y el instante de olvido se perdió como un punto desvanecido.

Atormentada por aquella persecución, Alicia se compadecía de sí misma, mientras el insecto se acercaba, cada vez más, osado y resuelto. Ella tuvo la impresión del primer contacto, pero se mantuvo inmóvil. En su mente exaltada, las imágenes se exageraban. Apercibió detalles muy sutiles. La presión del mosquito sobre una de sus mejillas; la punción de la trompilla penetrando en la carne; la succión ávida, hambrienta, glotona.

Ella no se movía ahora por temor de alejarlo. El insecto estuvo aún un momento, amodorrado, ebrio de vida, reposando, abandonado cual una carga sobre la piel cálida como un nido. Después echó a volar.

Alicia dirigió una mirada en dirección al zumbido. Luego, perezosamente, llevóse una mano a la pequeña herida recién abierta, donde empezó a sufrir un ardor agudo y vivísimo. Y bajo este escozor, como bajo el arrullo de una canción feliz, se fué durmiendo, dulcemente.

JOSÉ PEDRO BELLÁN.

EL VENDEDOR DE NARANJAS

*Muchachuelo de brazos cetrinos
Que vas con tu cesta,
Rebosando naranjas pulidas
De un caliente color ambarino;*

*Muchachuelo que fuiste a las chacras
Y a los árboles amplios trepaste,
Como yo me trepaba cuando era
Una libre chicuela salvaje;*

*Ven acá, muchachuelo. Yo ansío
Que me vuelques tu cesta en la falda.
Pide el precio más alto que quieras.
¡Ah, qué bueno el olor a naranjas!*

*A mi pueblo distante y tranquilo,
Naranjales tan prietos rodean,
Que en Agosto semeja de oro
Y en Diciembre de azahares blanquea.*

*Me crié respirando ese aroma,
¡Y aún parece que corre en mi sangre!
Naranjitas pequeñas y verdes.
Siendo niña, enhebraba en collares.*

*Después lejos llevóme la vida.
Me he tornado tristoná y pausada.*

*¡Qué nostalgia tan honda me oprime
Cuando siento el olor a naranjas!*

*Si a otro pago muy lejos del tuyo,
Indiecito, algún día te llevan,
Y no eres feliz, y suspiras
Por volver a tu vieja querencia,*

*Y una tarde, en un soplo de viento,
El sabor a tus montes te asalta,
Ya sabrás, indiecito asombrado;
Lo que es la palabra "nostalgia".*

JUANA DE IBARBOURO.

SUGERENCIAS LITERARIAS

Al margen de una gran obra

De todos los libros que he leído, pocos me han impresionado tan subjetivamente como aquel en que Merejkowsky reconstruye la vida maravillosa del insuperable maestro florentino. Es una extraña impresión de sugerencias, de amplitud emocional y profundo dolor, intraducible al lenguaje, cuyo acorde no alcanzaría a ser expresión exacta. Cuando de la parte más íntima y reconcentrada del espíritu, fluyen desconocidos estremecimientos al contacto de superiores manifestaciones — humanas o artísticas, — las recogemos para sí, gustando su belleza en la apacible soledad de que sabemos envolvernos. Pensar en otras vida que cruzaron por el mundo, soñando, sufriendo y amando, pero con una más honda y amplia visión, es un consuelo y una esperanza para los que viven la obsesión de sondear en la causa de todos los destinos: seres y cosas. Dan también estas meditaciones, melancólicamente, una especial beatitud donde se suavizan los dolores y las incertidumbres de las miserias, por entre los que vamos y los que padecemos. Comprobar que los espíritus más grandes y videntes sufrieron nuestros mismos dolores, o soportaron idénticas vejaciones en el ineludible choque con la realidad exterior, es sentirnos como animados por la

caricia de una gran esperanza, y llegar a instantes en que nos creemos capaces de sobreponernos a la fatalidad arrastradora y trágica.

Más que el dolor fugaz, brusco, súbito, de una desgracia que destruye un afecto o rompe el hilo de un gran amor, el dolor verdadero, es decir, el dolor profundo — nervio central de nuestra alma — es aquel que nos da una comprensión de la vida; y que la vida misma, tomada por un momento, como el conjunto representativo de los hombres, no alcanza a comprender. No otra cosa fué el dolor capital de Leonardo. Descontemos lo que sufrió su alma ante la traición de sus discípulos; cuando lo calumniaban; cuando la desgracia turbaba su placidez de artista; cuando su afán era destruído; cuando moría un sueño suyo; cuando comprendía que aquellos sus grandes proyectos se perderían para siempre; descontemos ese largo martirio, ese dolor humano que viene "de afuera", que es consecuencia del medio ambiente, que se produce en toda alma sensitiva por inadaptabilidad recíproca... Leonardo sintió y vivió, como tan pocos espíritus de selección, el gran dolor divino de poseer el secreto que abierto en nosotros mismos, nos da la suma ignorancia, coronación suprema de la sabiduría... Descended a su alma y hallaréis, y sentiréis, mejor, ese tormento más hondo, que viene a ser como el refinamiento de todos los dolores.

¿Dije descender al fondo de su alma? ¡Ilusión! Ni aún podemos comprendernos nosotros mismos; ni aún podemos llegar hasta el fondo de nuestras almas... Pero existe una penetración intuitiva que aún cuando no nos da la forma precisa de algo, nos lo hace sentir, presentir en el aturdimiento de su propia grandeza. Por eso, a gran distancia de lo que no vemos, sentimos un raro estremecimiento que nos rozan, ondas invisibles, lejanas vibraciones que ruedan

por la inmensidad, comunicando a todos los seres perceptivos, algo de lo desconocido que recogen en su misterioso viajar. Debido a estas cualidades tan profundas como incalificables, podemos experimentar, sin comprender plenamente, la vida de otros hombres en sus más recónditas manifestaciones, sus grandes ansiedades ocultas, la gran tempestad interior, invisible al espíritu simple, bajo la serena periferia de sus vidas aparentemente vulgares. Esas potencias espirituales se han perdido, arrolladas y disueltas por el empuje de los siglos, y no obstante, vienen hacia nosotros, resurgen, las sentimos renacer en eternidad... ¿Dónde se conservan? Y parece, por ello, que el espíritu humano es una prolongación, cuyo extremo es el último hombre, el de hoy; el de la generación presente, que retiene el poder infinito del rayo... La leyenda nos da la gráfica expresión de figuras y hechos que llevaron pueblos desaparecidos y sociedades transformadas; pero el secreto que determinó los acontecimientos, y la causa insólita y desconocida que impulsó a los hombres a ciertas acciones, los deducimos por aquella facultad que aún no nos es posible desvelar, que nos hace penetrar en el alma de la época, de las cosas y los seres, al propio tiempo que nos trasmite su esencia el resplandor—sólo es resplandor—de la verdad que iluminó la leyenda.

No somos juguetes de una vaga ilusión. Respondemos a anhelos poderosos que mantienen en tensión nuestra sensibilidad. De ahí que hallemos un gran consuelo, animador cuando descubrimos las mismas ansias y parecido tormento en quienes amplificaron con su visión el horizonte de la vida y el mundo. La seguridad de la potencia de nuestros ideales nos mantiene apartados de la desolación, construyen el porvenir—oscuro como todos—y forjan la esperanza que a todos nos ilumina. Creer y esperar es el gran principio que nos aparta del suicidio...

La vida de Leonardo, preciosa como ninguna, edificante como no hubo otra, es todo un símbolo. Merejkowsky nos la da a conocer en su encarnación humana y divina. El mismo floréntino nos la dió en su otra faz: la del genio. Leonardo fué un poseído de su propia grandeza; acaso un abrumado; tal vez sólo un hombre... ;Un hombre! El hombre humano. La humanidad entera viviendo en él; torturada, impulsiva, ansiosa por romper la estrechez de sus límites, desesperada por crearse aquellas pupilas que le permitan ver, tras sí, el lugar de dónde viene; delante de sí, el lugar hacia dónde va...

ARTURO S. SILVA.

PARTENZA

*El mar, la costa bravía,
la espuma ignota y el cielo
y flotando el desconuelo
sobre la esperanza mía.*

*Gira en el azul, la inquieta
bandada de aves marinas,
y hay notas casi divinas
en mi lira de poeta.*

*En el parque entristecido
un rayo de sol dormido
junto a un pálido asfodelo;*

*Y, como postrera queja
de la barca que se aleja,
sube el adiós de un pañuelo.*

MELITÓN L. SIMONA.

Canelones.

EL LLANTO DE LOS VIOLINES

*Baja el soto de jazmines,
en giros suaves e inciertos,
de los balcones abiertos
el llanto de los violines.*

*Y hay en la noche callada
tanto dolor en su acento,
que es como el hondo lamento
de alguna novia olvidada.*

*Sus trinos, los ruiseñores
desfloran en lid de amores
bajo las frondas lejanas,*

*mientras mi espíritu inquieto
sufre buscando el secreto
de las cosas sobrehumanas.*

MELITÓN-L. SIMOIS.

Canelones.

“EL CAMPO DEL HIJO”

Drama en 3 actos y en prosa

POR EMILIO ORTIZ

Epoca de la Revolución de 1914. Acción en Cerro Largo

(Final del Segundo Acto)

ESCENA X

EDUARDO — OSCAR — DON CIRILO — DON FORTUNATO —
DOÑA JUANA

(Dependiente que entra y sale)

DON CIRILO. — ¡Por aquí, comandante! *(Este entra. Está ahora sin kepi, con el sable siempre, y casquilla militar. Se ha peinado la melcha y muestra con orgullo los anillos y la uña larga del meñique, con la cual hace ruido, o se la introduce en los dientes mientras conversa).*

DON FORTUNATO. — *(Receloso).* ¡Buenas tardes, señores!

EDUARDO y OSCAR. — ¡Buenas tardes! *(Con voz alta).*

DON CIRILO. — Le presento, comandante, a don Eduardo y al ingeniero...

EDUARDO. — ¡Tanto gusto!

DON FORTUNATO. — Arricién lo conosco, joban... estreche.

EDUARDO. — Lo conocía de vista. Hace años...

DON FORTUNATO.—Yo también a usted, de mentas...

OSCAR.—Yo había leído sus hazañas en la prensa. Tiene usted fama de valiente y experto jefe.

DON FORTUNATO. — ¡Así disen!... Pero yo pongo toda mi experiencia al servicio del Superior Gobierno y de la equidad administrativa.

DON CIRILO.—Así es...

DON FORTUNATO. — Hemos hecho una gran campaña... No es la primenta que hago... ¡Ejem!... Tuita mi familia ha servido al Superior Gobierno, porque es el orden y la facultá del sufragio y la fuerza organizadora de las instituciones del país.

(Oscar y Eduardo cambian una mirada de sorpresa).

EDUARDO.—(A Oscar). Todos los caudillos de ahora son así. Mezcla de periodismo departamental y de ignorancia...

DON FORTUNATO. — Hemos recuperado los seis departamentos, pero a costa de mucha sangre y de estenuar el patrimonio de la nación. ¡Lástima tanto gaucho que ha muerto! ¡Miren ustedes! Don Isaac que Dios lo ampare. Pero el general de ustedes era demasiado güeno. En la guerra hay que matar.

DON CIRILO.—¡Eso es! ¡Eso es!

DON FORTUNATO. — (Con aire insolente). ¡Matar! amigos. Cosas de los stabismos. La Patria ha quedao sólida y desamparada. ¡Pero la Pas es un hecho! Ustedes perdonen. ¡El Superior Gobierno debió afusilar algunos cabecillas más! Y aura ya ganada la guerra, pronto ganaremos las elisiones también. Así aseguraremos la democrasia y la propiedad rural. El Superior Gobierno debe gganar siempre. Pá eso es Gobierno.

(Quedan hablando Oscar, Eduardo y Don Fortunato).

ESCENA XI

DON CIRILO y DOÑA JUANA. DEPENDIENTE CERCA DEL MOSTRADOR

DOÑA JUANA.—¡Hablaste con el niño Eduardo!

DON CIRILO.—Creo que precisa mucho dinero.

DOÑA JUANA.—Ofrecele venderle vacas y ovejas para poblar el campo de nuevo.

DON CIRILO.—Está bien. Pero no quiere. Parece que va a fundar una colonia. Una chifladura. Lo esencial es que pida un préstamo. Eso no nos conviene...

DEPENDIENTE.—¡Traigo el café aquí!

DON CIRILO.—No. Vamos a tomarlo allá adentro... Allí hablaremos todos mejor... Puede que llegue la diligencia. ¡La han visto!

DEPENDIENTE.—No. ¡Con esos caminos!

DON CIRILO. — (*Dirigiéndose al grupo de Oscar, Eduardo y Don Fortunato*).

—¡Eh! ¡Así me gusta verlos juntos! ¡En paz! ¡Cuando hay guerra, guerra! Pero cuando hay paz, a tratarse como gente amiga. ¡Verdad! Miren... Vamos a tomar café con leche. La patrona los invitará con unos bizcochos y gofio.

(*Salen lentamente hablando entre ellos*).

(*Queda en la escena el dependiente. que entra y sale por la puerta del mostrador con bultos. etc., etc.*).

ESCENA XII

El dependiente, arreglando la sala. oye un rumor de gentes hacia la derecha. Gritos, protestas.

DEPENDIENTE. — ¡Qué será! (*Mira hacia afuera*).— ¡No digo yo! ¡Una partida de revolucionarios! ¡Qué desgracia! ¡Gente malvada!

—¡Avisemos a don Cirilo! (*Grita en la puerta y vuelve*).

—¡Una partida de facinerosos! ¡Y se bajan en el galpón! ¡Don Cirilo!

(*El ruido aumenta y entran en la escena varios hombres*) Son 15 o 20. Semidesnudos. Sin armas ni divisas. Viene don Gabino, de luto, conteniéndolos. Entre ellos Sagrera y Mesa casi desconocidos, viejos, sucios.

MESA.—¡A ver el gayego que nos dé caña, gratis!

SAGRERA.—El gayego rico aquí está...

(*Abrazan al dependiente*).

DEPENDIENTE.—¡Vienen ebrios!

DON GABINO.—(*Entra don Cirilo*).—No tema, ño Cirilo. Vienen algo alegres; pero yo respondo...

DON CIRILO.—(*Apareciendo, al principio se asusta. Después los reconoce*).—¡Hola, amigos! ¡De vuelta al pago! Y usted, don Gabino, ¿cómo le va? Más viejo, pero siempre fuerte... ¡Criollo de coronilla!

DON GABINO.—¡Un abrazo! A ver, dé de beber a esta gente; que vayan pasando todos. Yo los convido.

(*El dependiente, desde el mostrador atiende, y observa la escena asustado*).

DON GABINO.—Entren. No hagan ruido, muchachos. Tomen lo que quieran. ¡No haiga asco! Ahí está la mesa grande. ¡Eso es! (*a don Cirilo*). No tenga temor. Yo respondo. Soy hombre de respeto. Esta es gente amargada, pero buena.

DON CIRILO.—¡Ya lo creo! ¡Nadie como yo conoce el corazón de oro del paisanaje!

(*Los hombres se sientan. Algunos forman grupos de pie*).

SAGRERA.—¡Qué Pas más ruin, ché Mesa! ¡Otra vez vendidos!

MESA.—Y volver así al pago. ¡Redotaos y sin el viejo Isaac!

DON GABINO.—Nosotros hicimos bien en no entregar las armas... ¡a enterrarlas, caray!

SAGRERA.—; Así me gusta! Tomá caña, Mesa. Y descubrite, hermano, cuando hablemos del coronel! ¡Pobre! ; Más vale que haya muerto! ; Pa ver esta paz!

MESA.—Lo mejor siempre muere. Mirá lo que queda. El gayego ese... Nosotros... ¡Ufff! ; Pura resaca!

DON GABINO.—; La estancia grande parece una tapera! Ayer estuve con la vieja Severina y Eduardo... Este me pidió los trajera a ustedes aquí...

MESA.—; Don Eduardo, el pueblero? ; Pa qué?...

DON GABINO.—No temas... Es de güen tronco, el muchacho.

SAGRERA.—No hay duda.

DON GABINO.—Se interesó por todos. Averiguó cuánto nos habían dado... después de nueve meses de guerra. Dice que quiere hablarnos a todos para darnos tierras. Un plan que yo no entiendo.

SAGRERA.—; Tierras? ; Y pa qué?...

MESA.—; Tierras!... Nosotros tenemos que volver a nuestra vida de piones, de esquiladores o lo que sea.

SAGRERA.—Sí. A changuear... Por lo que den... ¡Vida disgraciada! ; Cha miseria!

MESA.—O al contrabando.

DON GABINO.—No, muchachos. Creo que don Eduardo va a repartir el campo del viejo. La parte de él al menos, entre todos ustedes... ; Pa chacras!

UN PAISANO.—Tá loco usted, don Gabino. (*Exclamaciones de asombro*).

SAGRERA.—; Tá mamao! ; Será posible?...

DON GABINO.—No sé. El les dirá aura nomás... Voy a llamar al gallego éste... ; Eh! ; Don Cirilo!

ESCENA XIII

DOÑ CIRILO.—¿Qué quiere?

DON GABINO. — Mire, ¿don Eduardo no ha venido aún? Dijo que lo halaríamos aquí.

DOÑ CIRILO.—(*Aparte*).—¡Ah! Es él... ¡Hum! ¡El de la ocurrencia de llenarme la posta con toda esa mugre!

—Sí, ya vino hace rato. Está tomando café, allá adentro, con un ingeniero y don Fortunato.

DON GABINO. — ¡Fortunato está ahí! ¡El indio estaquiador! Estaquió un morenito en Corrales. Lo puso en las guascas y se sentó encima a matiar!

SAGRERA.—Aquí ha de pagarlas.

MESA.—¡Bravo! ¡Bravo! hermano.

DON GABINO.—¡Cállense ustedes y orden! ¡oyen! ¡Canejo! ¡La paz está hecha y hay que respetar!... ¡Silencio!

SAGRERA.—¡Eso tiene que saberlo él!...

DON GABINO.—(*A don Cirilo*).—Bueno. ¡Baya! Avise al mocito Eduardo que la gente está aquí.

(*Sale don Cirilo*).

(*Los paisanos hablan entre sí animadamente*).

ESCENA XIV

(Vuelve don Cirilo. Detrás de él Eduardo, Oscar. Por último Fortunato, apoyándose en la espada, y doña Juana).

(Cuando entra Eduardo todos se ponen respetuosamente de pie).

EDUARDO.—(*Se adelanta*).—¡Mis amigos! (*Abraza a don Gabino, a Sagrera y a Mesa*).

SAGRERA.—¡Niño Eduardo, un abrazo!

MESA.—¡En nombre de su padre, abrácenos!

(*Todos están conmovidos*).

EDUARDO.—¡A todos, paisanos, compañeros, a todos!

(Después de esta demostración, a don Gabino).—Veo que ha traído buena gente.

DON GABINO.—Soldaos del finao Isaac, niño.

(Se forman grupos. Don Cirilo agriado, entra y sale).

EDUARDO.—(Vivamente a don Cirilo). — ¡Eh! Patrón! Creo que necesitamos este salón. ¡Arrime sillas, ché, mozo! Haga sentar al paisanaje, usted, don Gabino. (Mesa, Sagrera y éste acomodan a los paisanos. En el fondo Oscar sigue el movimiento con interés. Don Cirilo y el dependiente traen nuevas sillas).

ESCENA XV

DEPENDIENTE. — (Entra gritando). — ¡Viene la diligencia, patrón! ¡Patrón!

DON CIRILO.—¡Y qué hacemos ahora! ¡Esta es la mejor sala!

EDUARDO.—¡Nosotros no nos movemos de aquí!

DON CIRILO.—¡Pero oiga razones, amigo! ¡Qué van a decir de mi posada los viajeros al verla llena de gente así...

EDUARDO.—¡Que digan lo que se les antoje! ¡Vaya!

MESA.—¡Bravo!

SAGRERA.—¡Así me gusta! ¡Que dentren también!

EDUARDO. — ¡Hombre! ¡Es lo mejor!... Si quieren oír algo que les conviene, que pasen. (A don Cirilo).—Vaya, atienda a sus negocios. Esta sala es nuestra esta noche... ¡No es verdad, amigos! (Don Cirilo busca a don Fortunato con la mirada; pero éste habla a doña Juana y queda sin saber qué hacer).

ESCENA XVI

LOS MISMOS, DON FORTUNATO Y DOÑA JUANA (*en el fondo
cerca del mostrador*)

DON FORTUNATO.—¡Pobre mozo! ¡Va a acabar mal!

DOÑA JUANA.—¡Así creo yo!

DON FORTUNATO.—Mirá... Cirilo anda atariado...

Salí vos por esa puerta. (*Le señala una de las que hay
detrás del mostrador*).

DOÑA JUANA.—Dejá; después...

DON FORTUNATO.—No. Aura es mejor. Salí. Yo voy
en seguida.

(*Así lo hacen, disimulando, mientras se desarrolla
la escena que sigue*).

ESCENA XVII

DON CIRILO.—(*Contempla cómo se instalan los paisanos*).—¡Intruso! Este Eduardo ha tomado la casa por su cuenta.

EDUARDO.—(*A Oscar*).—Siéntate tú a mi lado.

(*Todos están atentos. Gran silencio de expectativa*).

EDUARDO.—(*De pie en la cabecera de la mesa, con serena y firme voz*).—¡Paisanos! He pensado que la mejor forma de honrar la memoria de tata Isaac, nuestro jefe, es repartir las tierras que él poseía entre todos ustedes... Por ahora...

(*Mientras habla, los hombres se miran entre sí, confusos*).

(*Algunos viajeros y curiosos se asoman por las puertas laterales*).

TELÓN LENTO

EMILIO ORTIZ.

1921. Primavera.

EDUCACION

Apuntes para un estudio de Economía Pedagógica

Tiempo y Dinero

Contamos con ellos, porque es inevitable su presencia, al hacer proyectos; pero, y en esto probamos felizmente, que en nuestra fantasía domina "el señor de los altos pensamientos", no les damos el valor que tienen.

Solemos desconocer las exigencias del segundo, que rueda sobre el lodo tantas veces, y confiar demasiado en la inmensidad del primero, cuya sutileza se funde en los más inconcebibles misterios.

A orillas del manantial devorador del tiempo, junto a la dura roca del presupuesto, nos encontramos en situación análoga a la del "joven que dormía sobre la fresca hierba".

La realidad dice a nuestro oído: "¡Insensato, despierta!" Para tanto como desees, necesitas las horas que a tu lado vuelan y has de buscar la moneda que no tienes.

Veamos lo que requiere para desarrollarse, un plan pedagógico moderno.

A los antiguos programas, que sólo comprendían Lectura, Escritura, Aritmética y Gramática, algunas nociones de Geografía e Historia, Labores manuales para las niñas, se ha ido agregando, con la ampliación de la mayoría de esas materias, Geometría, Comp...

ción, Fisiología e Higiene, Ciencias Naturales, Física, Industrias, Trabajo manual, Economía, Constitución, Moral, Canto y Gimnasia.

Los años destinados a la enseñanza primaria, son los mismos de antes, y las horas de clase, de seis o siete diarias, han pasado a ser cuatro, con un día de asueto por semana.

Para que no se confundan los términos de la cuestión que considero, hago constar que prescindo por completo de lo que se refiere al interés del maestro, problema importante también, pero en lo material, desligado de éste.

Puede haber quien diga que el trabajo tiene mejor rendimiento en nuestros días, porque los métodos de enseñanza se adaptan al orden de los procesos psíquicos.

Eso es verdad sólo en pequeña parte.

Nuestro conocimiento de la mentalidad infantil, es muy escaso todavía. Sobre su base insegura, hemos de cometer errores que harán reír a los futuros maestros, como nosotros reímos, a veces con injusta irreverencia, de los que en otra época se cometían.

Queriendo hacer, con insuficientes recursos, lo que sólo puede hacerse cuando se cuenta con los necesarios, ocurre, además, en la escuela, lo que en las casas donde se distribuyen las entradas, no en vista del número que las marca, sino obedeciendo al impulso de las aspiraciones que dominan en la familia: una parte se pierde en la inutilidad del esfuerzo vano.

Observemos también que seguimos pensando como en los tiempos del Catecismo, por lo que se refiere a la edad en que debe darse principio a la enseñanza.

La doctora María Montessori, cuya capacidad, como médica y profesora, es justamente reconocida en el mando intelectual, opina al respecto, como pensó Froebel, con su penetrante intuición.

Sin considerar el detalle de los sistemas que pertenecen al fundador de los Jardines de Infantes y a la fundadora de las "Casas dei Bambini", pues en ambos puede ser discutido, sin que ello importe a la doctrina en que se basan, debemos reconocer la verdad de lo que uno y otro afirman: el niño, desde que se desprende de los brazos de su madre, para caminar, nutre incesantemente su espíritu.

Esa ávida nutrición se efectúa a solas, al acaso; cambiando términos, decimos: "en libertad", y el encanto de esta palabra nos engaña.

Llegamos a declarar que al párvulo le conviene la libertad hasta los seis o siete años.

¿Y por qué no le ha de convenir después?

Le conviene durante toda la vida. Por conquistarla, muere el hombre batallando, a cualquier edad.

Pensemos que la civilización no se concibe en una sociedad cuyos individuos no estén dotados de un poder de inhibición voluntaria sobre sus actos conscientes e instintivos; y entonces comprenderemos que los hábitos adquiridos por el niño, desde los tres hasta los seis años, tienen más cualidades de las argollas de una cadena, que de las plumas de un ala, pues que tienden a impedir el gobierno de sí mismo, sin lo cual es imposible el goce de la libertad.

El que nace en una casa llamada de inquilinato, fuera de lo que a veces puede ver en su propia vivienda, motivo de algunos cuadros célebres de la vida de suburbio, trazados por la literatura y el arte plástico, debe a la calle lo más típico de su ser, en forma que hace irrisoria la pretensión que tienen para modificarlo, algunas horas de escuela.

Yo quisiera presentar aquí, con rasgos bien esbozados, el semblante de un pequeñuelo de cuatro años, a quien interrogué no ha mucho, haciendo algunas averiguaciones. Bastaría el gesto con que acompañó una

de sus frases ingenuas, para demostrar el valor de esa cantidad de tiempo que se confía a la obra del azar.

Para influir en las ideas y en el carácter de un gran número de niños que llegarán a ser ciudadanos, ¿le llevan tanta ventaja al maestro, el cantor de conventillo y el pilluelo que merodea!

Por lo que se refiere a los otros futuros ciudadanos, los que fueron mecidos en cuna dorada, los que llevan perfume en el cabello, hermosos lazos, cuellos de encaje, aparte de que "no es oro todo lo que reluce", hay que pensar en la influencia no sospechada e inevitable muchas veces, del sirviente pervertido y del amigo mal criado, en los momentos "de libertad".

Creo que estas rápidas consideraciones bastan para sugerir más amplio comentario respecto al valor del tiempo que malgastamos, abandonando la edad que precede a la llamada escolar; y al de la parte del día en que los niños se desesperan haciendo travesuras, porque buscan acción y no se les procura; o queriendo cumplir los *deberes* que en cantidad y calidad inadecuadas, algunos maestros ordenan para hacer en las casas, con el intento inútil de llenar el tiempo que *sobra* a los alumnos y *falta* a la clase.

Si todos los niños recibieran los beneficios de la educación desde temprana edad, y en la parte del día que ahora queda libre, pudieran asistir de nuevo a la escuela, para ejercer en ella, durante algunas horas, un género de acción variada, bajo la dependencia de profesores especiales, el presupuesto aumentaría sus cifras, no hay duda, pero no tanto como resulta de un cálculo ligero, porque más en proporción, aumentaría el resultado.

Veamos ahora cuáles son las exigencias del dinero.

Hay que pagar bien a los maestros, porque los apóstoles del Evangelio moderno, necesitan el pan del siglo XX, mucho más difícil de obtener que el de los tiem-

pos bíblicos, han de estar al corriente de las novedades científicas y deben conocer la evolución de la sociedad en que viven, y su número es preciso que aumente.

Se necesitan muchos edificios amplios; tenemos pocos, y de ellos, los más, inadecuados. Es imprescindible el material escolar y el gasto de conservación.

Se necesita un complejo organismo administrativo, para mantener y orientar la enseñanza, de acuerdo con el espíritu de las leyes y los progresos que en el mundo se realicen. La Secretaría escolar no alcanza la extensión debida.

Se necesitan, por último, Escuelas Normales destinadas a formar la elevada profesión del Magisterio, y las nuestras, como todas las de su género, requieren una amplitud que armonice con los últimos adelantos de las ciencias que se refieren especialmente al niño.

Por otra parte, como la instrucción pública no puede hacer diferencias en las condiciones de admisión de los alumnos, debe ser gratuita para todos; es decir, que pueden sentarse en el mismo banco, el niño que llega en automóvil a la puerta de la escuela, y el que vende periódicos.

Esto, que sucede entre nosotros, y no ocurre en otros países dotados de mayores recursos, es muy hermoso, pero cuesta caro, porque da un porcentaje más alto de educandos a cargo del Estado.

Los 4.000,000 a que asciende aproximadamente nuestro presupuesto escolar, a pesar de su alto valor, si se tienen en cuenta las circunstancias de orden secundario con las que forzosamente han de estar relacionados, son escasos para satisfacer nuestras aspiraciones.

¿Quién puede poseer el don de encontrar la cantidad necesaria?

Nadie, con esfuerzo aislado; todos, uniendo nuestra voluntad desinteresada, porque "granos de arena forman la playa".

No me detengo a considerar si las rentas de la Nación podrían ser distribuídas en forma más beneficiosa, aumentando, a expensas de otras planillas, la de Instrucción Pública, porque nada entiendo de necesidades materiales, en asuntos que no se refieran a la enseñanza; pero creo que a medida que nuestra sociedad siga su evolución ascendente, las cantidades que hoy se destinan a los asilos, cárceles y cuarteles, irán pasando a la escuela, pues como lo expuso en su enérgica propaganda José Pedro Varela, la miseria, el delito y la guerra, disminuyen con la educación del pueblo.

Si los que saben escribir y hablar, despertando sentimientos dormidos en el alma, continuaran, de la obra del Reformador, tan sólo lo que debemos al mérito de su palabra, no se tardaría en ver la bandera oriental, flameando en lo alto de muchos edificios escolares, repartidos acá y allá, en las lomas o en las ciudades, por la mano generosa de donantes, pues no puede haber muerto en los hombres aquella fe que en otros tiempos buscaba la expansión del sér en el más allá del tiempo y del espacio, construyendo, para perpetuarla, monumentos inmensos como las Pirámides, grandiosas maravillas como el Escorial, soberbias mezquitas, magníficas catedrales.

Los que saben hacerlo, escriban y hablen, mostrando que el espíritu divino, si está donde implora la humilde plegaria, ha de estar también donde un hombre o una mujer enseñan el bien a la infancia.

GLOSAS DEL MES

Berta Singerman

Berta Singerman nos ha convencido de que son cosas distintas la poesía y el arte de decir las. Aquélla es eminentemente subjetiva y silenciosa, brota como la inspiración en el místico, de la suprema concentración del alma, de un estado de sensibilidad aguda y sobreactiva, pero recóndita. Se expresa con palabras, mas éstas son incapaces de traducir su emoción integral, son un pobre vehículo que, frecuentemente, obra más por lo que puede hacer sugerir o adivinar.

En la declamación entran una serie de elementos nuevos y a menudo extraños al concepto poético primitivo. La plástica, las modulaciones de la voz, la eurytmia, hasta la belleza y la gracia de la artista, promueven fuerzas estéticas capaces de congobernarnos por sus propios dones; con emancipación absoluta de la poesía en sí misma. De este modo, poemas mediocres, pueden adquirir de golpe una magnificencia artificiosa y robada, susceptible de engañarnos respecto a sus valores positivos; así como poesías de alta riqueza intrínseca suelen aparecérsenos indigentes, lánguidas, y, en todo caso, inferiores a la impresión que nos dieran leídas silenciosamente, en la intimidad, alma a alma.

Y es natural que así sea. Al fin y al cabo el intérprete está frente al poema en idéntica situación a la

del pintor frente a la naturaleza. La poesía le da los materiales muertos, por así decirlo, él los va a animar, va a dárles una expresión, una forma, va a crear el poema nuevamente y con mucha más libertad, sin duda, que la que tiene el músico frente a una partitura, en donde van señalándole imperativamente los sotto-voces, los alegrós y cualquier cambio del timbre o del tono. El alma del poeta, en la interpretación recitativa, mucho más que la del músico en la interpretación vocal o instrumental, pasa a segundo término, a ser sólo un elemento de sostén, esfumado o confundido, y, sobre todo, entregado indefenso a toda especie de adornos churriguerescos o arbitrarios.

La declamación, pues, espectáculo esencialmente teatral y decorativo, sería cosa inútil y hasta perjudicial por el engaño a que se presta, si la tomáramos como pauta para medir valores estéticos; pero ella tiene su razón de ser en sí misma, su vida autóctona. Es un arte independiente, aunque correlacionado con otro, como la danza lo está con la música, o el canto con la poesía.

Naturalmente que cuando todas las circunstancias se aunan y a la excelencia del poema se añaden los atributos exteriores de una virtuosa interpretación, el efecto resulta doblemente sugestivo. La recitación entonces adquiere el valor de una traducción viva, en donde cada gesto, cada variación gutural, cada movimiento tienen un sentido alegórico o simbólico destinado a dar una especie de forma gráfica al espíritu emotivo de la poesía. Y ahí está, precisamente, la dificultad de este arte, porque el intérprete fácilmente se desvía o se desborda, cayendo en el énfasis, en la extrema sutilización vocal, en el exceso mimico, en la actitud melodramática, y porque para no incurrir en estos pecados y conquistar al mismo tiempo a los oyentes selectos, se necesita poseer dos cosas que difícil-

mente andan juntas en el alma humana: un gran sentido del equilibrio y de la orientación, junto con una injuriosa impresionabilidad.

Creemos que no se debe a otra cosa la escasa fortuna que han tenido las artistas de este género y que—por lo menos entre nosotros—habían relegado la recitación a las fiestas domésticas, a las veladas de los colegios o a los festivales sociales de beneficencia.

La señorita Berta Singerman—no obstante poderse reprochar mucho de lo que hemos dicho—ha venido a dar a este arte la jerarquía que le corresponde.

Posee una evidente alma de artista, tiene el don de la bella actitud, maneja admirablemente la gracia y el encanto de sus jóvenes años, conoce a fondo la ciencia de la mímica, y por encima de esto—aquí tal vez está el secreto de su triunfo—posee el privilegio de una voz maravillosa, sobre todo en sus tonos profundos, que, quieran o no, conquista y sugiere a sus oyentes.

JOSÉ MARÍA DELGADO.

«Pegaso» en el interior

Gracias al decidido empeño de nuestros representantes en campaña, PEGASO está adquiriendo una vasta difusión en todo el país.

Un sentimiento de satisfacción y de agradecimiento nos pone hoy en el caso de resaltar la actitud de la distinguida educacionista señorita Mariana Irigaray de Garicoitz, que representa a PEGASO en Paysandú, donde ha logrado despertar gran interés por nuestra revista.

La señora de Garicoitz, concita nuestro reconocimiento y merece nuestros plácemes.

Asimismo, hacemos extensivos estos conceptos a la señorita Eleonora di Fiori, representante de HPEGASO en Santa Rosa del Cuareim y la señorita Carolina Viscay, representante de PEGASO en Fray Bentos.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

MEMORANDA

de las revistas recibidas en "Pegaso" durante el último mes:

- "Atenea".—La Plata.—Repea. Argentina.
- "Adelante".—Salto.—Uruguay.
- "Atenco del Salvador".—Salvador.—Centro América.
- "Athenea".—San José de Costa Rica.—Centro América.
- "Anales de la Facultad de Medicina".—Montevideo.—Uruguay.
- "Atenco de Honduras".—Tegucigalpa.—Honduras.
- "Atenas".—Habana.—Cuba.
- "Arachania".—Melo.—Uruguay.
- "Anales de Instrucción Primaria".—Montevideo.—Uruguay.
- "Arquitectura".—Montevideo.—Uruguay.
- "A Agnia".—Rio Janeiro.—Brasil.
- "Athéna".—París.—Francia.
- "Aperusen".—Folignò.—Italia.
- "Boletín de la Unión Panamericana".—New York.—Estados Unidos.
- "Boletín de la Unión Hispano Americana".—Buenos Aires.—Repea. Argentina.
- "Boletín de la Librería Colombiana".—Bogotá.—Colombia.
- "Cosmópolis".—Madrid.—España.
- "Cuba Contemporánea".—Habana.—Cuba.
- "Cultura Venezolana".—Caracas.—Venezuela.
- "El Terruño".—Montevideo.—Uruguay.
- "El Convivio".—San José de Costa Rica.—Centro América.
- "Esfinge".—Tegucigalpa.—Honduras.
- "Estudios".—Buenos Aires.—Repea. Argentina.
- "France-Amérique Latine".—París.—Francia.
- "Gil Blas".—Rio Janeiro.—Brasil.
- "Gaceta de Policía".—Guatemala.—C. A.
- "Horizonte".—Valparaíso.—Chile.
- "Labor".—Montevideo.—Uruguay.
- "La Revue de l'époque".—París.—Francia.
- "La Vie intellectuelle".—Bruxelles.—Bélgica.
- "La Vie des lettres".—París.—Francia.
- "La Reforma Social".—New York.—Estados Unidos.

- "La Nueva Democracia".—New York.—Estados Unidos.
 "La Pluma".—Madrid.—España.
 "La Semana".—Salto.—Uruguay.
 "Los Tiempos".—Paysandú.—Uruguay.
 "Logos".—Costa Rica.—Centro América.
 "Mercurio Peruano".—Lima.—Perú.
 "Nosotros".—Buenos Aires.—Repa. Argentina.
 "Nuestra América".—Buenos Aires.—Repa. Argentina.
 "Numen".—Santiago de Chile.
 "Nueva Era".—Buenos Aires.—Repa. Argentina.
 "Proteo".—Montevideo.—Uruguay.
 "Prisma".—París.—Francia.
 "Revista de Revistas".—México.—América del Norte.
 "Repertorio Americano".—San José de Costa Rica.
 "Revista del Brasil".—San Paulo.—Brasil.
 "Revista del Mundo".—Buenos Aires.—Repa. Argentina.
 "Revue Universelle".—París.—Francia.
 "Revue de l'Amérique Latine".—París.—Francia.
 "Revista Parlamentaria de Cuba".—Habana.—Cuba.
 "Revista Bimestre Cubana".—Habana.—Cuba.
 "Revista de la Asociación Rural del Uruguay".—Montevideo.—
 Uruguay.
 "Revista de la Academia Brasileña de Letras".—Rio Janeiro.—
 Brasil.
 "Revue Hebdomadaire".—París.—Francia.
 "Revista Histórica".—Montevideo.—Uruguay.
 "Trabajo".—Montevideo.—Uruguay.
 "Tableros".—Madrid.—España.
 "Vogue".—Buenos Aires.—Repa. Argentina.
 "Vida Femenina".—Montevideo.—Uruguay.
 "Vida Nuestra".—Buenos Aires.—Repa. Argentina.

Ansiedad.—Por E. de Salterain Herrera.—Montevideo.—1922.

Un suave perfume de bondad y de amor al prójimo, sobre todo a los humildes y a los buenos, trasunta este libro de cuentos de Eduardo de Salterain Herrera, y esto que constituye su principal encanto es causa, a la vez, de su debilidad constructiva. Pecan sus héroes de imaginativos y sentimentales. El autor ha querido sacarlos de la realidad, y con sencillez voluntaria, los presenta al lector como si fueran amigos conocidos. Pero encuentro que el idealismo del autor ha rodeado a sus personajes, que él cree de la realidad, con un nimbo de irrealidad poética que los hace aparecer esfumados e imprecisos.

"Ansiedad" titula de Salterain Herrera a sus cuentos, y pienso que el título ha de provenir precisamente de la emoción con que la realidad de las cosas perturba a su espíritu altamente delicado.—A. B.

Alas Nuevas.—Poesías de Pedro Leandro Ipuche.—Montevideo.—1922.

Este nuevo poeta tiene singulares condiciones. Una fuerza vital po-

no en sus versos, su oficio es intuitivo. su canción libre y simple, su modo aritmético y evocador. El mismo dice en sus poesías que vino de la campaña pura a la ciudad brillante,—y justo es que hallemos en él los colores del horizonte nativo, el ardor de la tierra, la cristalería del arroyo, el color de los ceibos, la inquietud de la noche, el coraje del gaucho, la tristeza larga de los crepúsculos campesinos...

En verdad que no cabía otro título a este libro joven y ardiente, de rémiges candales: "Alas Nuevas". Y "alas nuevas" son sus poesías ingenuas o vibrantes, sus afares tímidos o ardorosos, sus dolores aprensivos o ciertos... Una inquietud desconocida,—se puede decir con la frase hecha,—le hincha el corazón.

La justeza expresiva,—que dice dominio del lenguaje,—el hermoso colorido,—que denota dominio de la vida,—la melancólica fortaleza,—que es dominio de sí mismo y energía personal,—son tres anchas y claras facetas de su brillante poética,—a la que Ipuche agrega el aire criollo de su ascendiente, el motivo nacional de la tierra, el rasgueo paisano de la guitarra rural. Largas páginas de no siempre fácil desarrollo implicaría el estudio crítico de esta tendencia regional de nuestros vates novecentistas,—Silva Valdez, Juana de Ibarbouron, Pedro Leandro Ipuche,—que dan en cantar la tierra con un ardor virgea y una esperanza nueva, volcados en el módulo moderno, rursical y castizo.

Alabemos no en tanto, en las breves líneas que nos concede este espacio, la poesía purificada y emotiva de "Alas Nuevas", libro hermoso y fuerte, donde hay sonetos como "La Noche", poemas como "A mi río", páginas como "El árbol solo". Y hagamos votos de intensa maduración para los frutos de este poeta nuestro, que va a cantar el alma de tierra adentro con la fuerza de un corazón bien templado y la poesía de un alma llena de sol, de cielo y de canción.—
T. M.

El triunfo del Dr. Maza.—Lorenzo Torres Cladera.—Montevideo.—1922.

Esta novela corta evidencia condiciones que sobrepasan mucho las de un aficionado común. No vamos a incurrir (y lo adelantamos para garantía) en elogios extraordinarios, pero tampoco dejaremos en el tintero los fundamentos del placer de nuestra lectura.

Pondremos así que el señor Torres Cladera sabe aderezar cumplidamente los motivos, sabe gobernar su héroe con desenvoltura bastante, y sabe graduar con habilidad el interés. Con ello logra, de un asunto poco novedoso y algo baladí, hacer páginas de lectura muy agradable.

No obstante padecemos algo. El señor Torres Cladera suele descuidar el atavio de su discurso, y aunque no aspiramos a determinadas modas, creemos que la forma escrita de nuestras ideas merece un aliño al que no se debe aspirar en la verbal.

Con gran apariencia de naturalidad puede hilvanarse un relato conservando giros de la charla cotidiana; más ganaría su decoro pu-

haciendo aquellas formas incómodas a la fruición tranquila de la lectura.

Pero de ello no haremos cuestión fundamental. Lo hacemos sí de que el autor cultive el tema criollo en la forma ligera de sus dos últimos cuentos; no sabemos si esos breves trabajos corresponden a una modalidad imperante en el señor Torres Cladera, o simplemente a una viciosa.

En el primer caso deseamos, noblemente, avivar su prudencia; en el segundo, no hallamos nada que objetar.—E. S.

A Fera.—Ediciones de A Novela Portuguesa.—Por Sousa Costa.—Lisboa.—1922.

Cuadro de égloga, pero tocado de lirismo no siempre elegantes; "Aquele dia de junho agonizava numa resignação de santidade". Felizmente, el señor Sousa Costa no repite mucho esas interpretaciones y acciona sus campesinos razonablemente.

Pero la novelita apreta el corazón, y no porque ultrapase los términos comunes de la vida contemporánea con su trama simplísima. Ocorre, sin embargo, que el trance final es de crueldad excesiva, lindera en lo increíble; en llegando a esto, el arte, aunque sea superior, lucha con dificultades para imponer sus creaciones; por ahí falla totalmente la novelita del señor Sousa Costa.

Admitimos la brutal perfidia del amante; pero no la de esa policía que saca del lecho a una púérpera y la lleva por dos leguas de sendas pedregosas, bajo un sol rajante. ¿En qué país es eso?

El trabajo del señor Sousa Costa podría lucir el mérito de reproducir un ambiente; pero si el ambiente es aquél más valiera dejar la pluma quieta, y no llevar con fines artísticos, más allá de los mares, tales denuncias de brutalidad.

Si el ambiente no tiene tales resabios bárbaros, la novela pudo quedar inédita, que ni su enjundia ni su forma le dan derechos a muy vasta publicidad.—E. S.

En el torbellino.—Novela corta por Máximo Sáenz.—Buenos Aires.—1922.

La vida del periodismo, de ese periodismo canalleco, ruin, que prostituye la misión superior de la prensa, transformándola en un instrumento de sabotaje, en una explotación de los bajos instintos y en un perverso y fácil medio de vida, le da tema al autor—conocido entre nosotros por su resonante éxito obtenido en el concurso de novelas patrocinado por "Diario del Plata"—para escribir esta pequeña y valiente narración.

Ya hablamos reconoció en Sáenz, con motivo de aquella obra premiada, a un escritor de garra, conocedor de la técnica, interesante y ágil en el manejo del diálogo. Y si a estas cualidades añadimos hoy un fino espíritu de observación, una indiscutible aptitud para el análisis psicológico y una loable tendencia hacia la sobriedad y el realismo, se compartirá nuestra opinión de que no pasará mucho tiempo sin que el autor nos ofrezca una novela que lo coloque en el círculo de los más eminentes literatos rioplatenses.—J. M. D.

La incansable.—Cuentos de V. Díez de Tejada.—Barcelona.—1922.

Cuatro cuentos, que son otras tantas obras maestras, contiene el tomo décimotercero de la "Selección de novelas breves", que edita la "Cervantes".

Difícil resulta decir cuál es mejor, no obstante haber merecido, dos de ellos, primeros premios en grandes revistas de España. De Díez de Tejada dijo Alfredo Vicente, el gran periodista, que era "el primer cuentista español"; y cuando se ha leído "La incansable", se cree la afirmación, pues no es posible cultivar un género con mayor dosis de agudeza, cultura y gracia. Estos valores, no sólo no se estorban en las narraciones de Díez de Tejada; muy al contrario, armonizan, se completan, merced al tono joco-serio que los une como a deslumbrantes gemas un hilo de oro.—V. A. B.

Mármoles y bronce.—Versos por Alfonso Espino.—San Salvador.—1919.

Mármol y bronce, vale decir materia vencedora del tiempo, carne de estatua; no creemos que sea precisamente la que nos ofrece el autor en estos versos, no obstante las positivas condiciones que en ellos se advierte y el loable esfuerzo que representan.

Destácanse del conjunto de la obra la serie de sonetos agrupados bajo el título de "Paisajes del Trópico"; y, en general, todo aquello que se refiere a la visión externa de la naturaleza. Es posiblemente esa la cuerda que el poeta hace vibrar, no sólo más intensa, sino más novedosamente.

No podemos decir lo mismo de la cuerda lírico-subjetiva, ni menos de la épica, que sueña frecuentemente en "Mármoles y bronce", en donde el autor no alcanza a contagiar emoción, ya sea por la vulgaridad de las imágenes, de los sentimientos y de la ideología, ya sea por la vetustez de la técnica.—J. M. D.

Trizas de papel.—Por José Antonio Ramos Suárez.—Caracas.—1922.

El autor ha coleccionado con este título, asaz modesto, artículos sueltos y glosas diversas sobre tópicos que, si desemejantes y faltos de ilación entré sí, están reunidos por el vínculo común de un temperamento atildado y armonioso.

Generoso rumor de virtuosas ideas viérense en ellos por el sartidor de un estilo sereno y pulcro. Domina la serenidad en estas notas, sencillas y tranquilas, que parecería que el autor hubiera es-

crito—naturalmente y al desgairé—por requerimientos de su propia naturaleza, en días apacibles, sentado en un bauco del jardín, mientras la vida, a su alrededor, se agita y bulle.—A. B.

La Muerte de Jesús.—Eça de Queirós.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1921.

Si este bizarro escritor hubiera escrito en lengua más usada que la de su tierra, de apagado esplendor, fuera tan profuso como lo merece el conocimiento de su obra, y no anduviera luchando con traducciones inmerecidas para imponer sus excelencias.

Muy pocas veces han coincidido la firmeza del pensamiento, la gracia de la intención, el hechizo de la prosa, como ocurrió en este portugués magnífico.

La parte más difundida de su obra muestra un novelista moderno, incisivo y exacto, un escritor de lenguaje armonioso y extenso; mas; en su obra periodística, igualmente tocada por la gracia; hay un espléndido tesoro de atisbos sociológicos, de dictámenes sobre problemas graves, y de opiniones dispersas, que evidencian un cerebro muy clarividente y firme.

Sí; el hombre, más; que toda otra cosa, fué un sociólogo; recuérdese aquel estudio sobre Guillermo II, que tuvo a los veinte años de escrito una confirmación tan dolorosa para el mundo; recuérdese también su Ramírez, el héroe representativo de Portugal, y se verá qué hondo conocimiento tuvo de los hombres y de los tiempos.

Pero, sin ir tan allá, esta misma "Muerte de Jesús" reúne las cualidades típicas de aquel artista; la hábil traducción no resta movimiento ni frescura al idioma; y, aunque es el núcleo de obra más vasta y acabada, la destreza en el manejo de los personajes, la preparación de las escenas, la hondura de los conceptos, la llevan mucho más alto de su condición de boceto.

Y, como dijimos ya, la traducción hace honor a la Editorial.—E. S.

El Ave de Fuego.—Por Bózena Némceva.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1922.

La Editorial Cervantes, de Barcelona, pone bajo los gratos auspicios de la tierna escritora checa Bózena Némceva, esta selección de cuentos para niños, con el propósito de ofrecer a la infancia hispanoamericana una biblioteca de recreo, al par que de educación de los sentimientos morales, inspirada en una sana doctrina y en un acabado gusto literario.

"El Ave de Fuego" que, con los otros cuentos que lo acompañan, abre la serie de lecturas que irán apareciendo, rebuscadas entre lo más puro y ameno de la literatura infantil del mundo entero, presenta los asuntos con tan sencillos y claros rasgos y tan dulce sabor tiene la moraleja que de cada uno se desprende, que entra siempre con fuerza de convicción propia en el alma del pequeño lector.

La Editorial Cervantes, atenta a que ésta colección sea digna de la niñez, presenta esos tomitos impresos con singular esmero y bajo hermosa portada alegórica.—E. C.

Generosidad de Corazón.—Premio Nobel.—Por Selma Lagerlöf. — Editorial Cervantes.—Barcelona.—1922.

El nombre ilustre y el fervoroso entusiasmo que han suscitado las obras de la escritora sueca publicadas hasta ahora por la Editorial Cervantes, de Barcelona, basta para loa y ponderación de esta obra, que viene hoy a enriquecer la Selección de Novelas Breves.

Pero este pequeño volumen lleva todas sus páginas impregnadas de afirmación del título mismo, de una piedad amplia y sólida, de una hermosura que se adentra dulce y suave en el alma del lector, como si todo el libro fuese una bienaventuranza divinamente inspirada. Libro divino es, por la moralidad de su fondo, por la tersura de su desarrollo, por los preciosos matices que descubre su estilo; un libro cuya lectura fascina y deja, por lo substancioso de su contenido; ansias de más producciones de tan Jelleiosa escritora.—E. C.

Asia.—Por Iván Turgueniev.—Barcelona.—1922.

Entre las novelas cortas del clasicismo ruso, ocupa un lugar principal "Asia", salida de la pluma de Turgueniev, cuyo brillante estilo no ha sido superado en la moderna Rusia.

"Asia", que viene a incorporarse a la ya rica y variada Selección de Novelas Breves, con tanto éxito publicada por la Editorial Cervantes, de Barcelona, es acaso la mejor obra de carácter psicológico del famoso escritor, reconocido como uno de los más grandes psicólogos de Rusia, por la fuerza con que se apodera de lo más escondido del alma de sus personajes y la detallada precisión anatómica con que la muestra ante los ojos del lector.—E. C.

Rosa Mística.—Por Pin y Soler.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1922.

Se reúnen en este volumen, con "Rosa Mística", algunas novelitas y cuadros que compendian la obra y miden el talento del excelente humanista Pin y Soler.

La Editorial Cervantes, de Barcelona, al estampar este tomito, se propone dar a conocer el espíritu cultísimo y fino de un artista que, educado en la escuela universal, supo prestar a sus narraciones, en sencillo estilo, un interés que sobrepasa, gracias al colorido de realidad y vida, el de toda novela.—E. C.